

«Delirio transductivo», escritura automática y alucinación del sentido*

Ana Marques

Traducción del portugués por Jesús García Rodríguez

En el volumen que contiene los números 21-22 de la revista *Salamandra* (2014-2015), órgano del Grupo surrealista de Madrid, encontramos 350 páginas dedicadas a la «intervención surrealista», a la «imaginación insurgente» y a la «crítica de la vida cotidiana». En el sinfín de materiales que ofrecen esas páginas encontró el texto que aquí comienza un primer impulso para tratar sobre la escritura, en este caso sobre la escritura automática. No esa escritura automática en la que el surrealismo encontró mecanismos y material para interrogar y expandir la experiencia creativa de y con el lenguaje, sino más bien una escritura marcada por los automatismos que caracterizan la cultura digital o, más específicamente, la escritura automática como escritura algorítmica. ¿Qué nos dice la escritura de estas máquinas sobre la escritura y sobre las máquinas?

El ejercicio que propicia estas preguntas se titula «Delirio transductivo», y viene de la mano de Jesús García Rodríguez. «Delirio transductivo» es una experiencia creativa que utiliza el traductor automático de Google para llevar a cabo «un trabajo de profundización en un texto determinado para llegar a su significado oculto». El texto sobre el que opera este trabajo de profundización es un fragmento del *Discurso del Estado de la Nación*

pronunciado por el presidente del gobierno español Mariano Rajoy el 20 de febrero de 2013 en el Parlamento, y el procedimiento al que se ha sometido a ese texto es la traducción automática, que parte del castellano y atraviesa, sucesivamente, 44 idiomas tan distintos como el afrikaans, el vietnamita, el esperanto, el latín, el telugu, el tamil, el hebreo, el marati, el persa o el chino. Como explica Jesús García Rodríguez, «el texto va siendo sometido a diferentes transformaciones azarosas que van dando cuenta del delirio esquizo-paranoide-psicótico latente en el texto original que, al atravesar multitud de idiomas y con ello países del mundo, se va sedimentando y alambicando hasta dejarnos el depósito final o “menstruo lingüístico”, unión del semen y la sangre menstrual de las diferentes lenguas humanas. El proceso de sucesivos *cut-ups* crea una equivalencia con los *splicings* o ajustes (continuadas acciones de corte y empalme) de ADN, ARN y proteínas de los genes humanos, dando lugar a una cadena lingüística azarosa y que es el sedimento provisional del proceso alquímico. El procedimiento se puede seguir utilizando *ad infinitum*, hasta la reducción del texto a una sola letra y, finalmente a la nada». Existe una analogía entre el proceso de traducción automática y los procesos de transmutación y decantación: hay un antes y un después, pero también algo que sube y se evapora, y algo que desciende y se sedimenta. El recorrido de los signos entre idiomas tan diferentes invoca lo que hay de común y lo que no puede

* Con un agradecimiento muy especial al Professor Manuel Portela, que generosamente ha compartido conmigo su saber y sus reflexiones, contribuyendo de manera decisiva a las indagaciones aquí presentadas.

ser traducido, lo que es concreto y lo que es intangible, lo que queda y lo que se transforma en los movimientos de analogía que produce la traducción. Por otro lado, el carácter iterativo y recursivo de este proceso refleja la naturaleza misma de la computación: en este movimiento de traducción sucesiva, las palabras pasan por diferentes estados, diferentes idiomas, diferentes protocolos, transformándose, deformándose, alejándose cada vez más de su fuente, en un proceso ciego.

Tomemos, por ejemplo, el siguiente extracto del fragmento del discurso original de Rajoy que sirve como texto matriz para el «Delirio transductivo»:

Señorías,

(...)

Nuestras relaciones económicas con el exterior, cuyo mejor indicador es la balanza de pagos por cuenta corriente, van mucho mejor que hace un año. Pero no es suficiente.

(...)

Por lo tanto, nada de «brotes verdes», ni «nubes pasajeras», ni «anticipos primaverales». La realidad económica y social de nuestro país es terriblemente dura y sobre esa base hemos de cimentar nuestras actuaciones.

Para los que piden una cierta relajación porque el proceso de cambio ya está en marcha mi respuesta es: ni un minuto. Ni un solo minuto de relajación o sosiego. Tensión permanente y esfuerzo continuo, porque esto no ha hecho más que empezar y el camino que nos queda para alcanzar el gran objetivo de esta Legislatura, la creación de empleo, es, todavía, largo y difícil. Insisto, ni un minuto de sosiego.

Éste es el marco en el que quiero desarrollar el Debate, ésta es la razón por la que una mayoría de españoles nos otorgaron su confianza hace poco más de un año y éste es el terreno de actuación que nos exige la sociedad española.

(...)

Comparemos ahora este texto con tres de las fases a través de las cuales pasó su proceso de transducción. Primero, el resultado en el idioma gujarati:

Las mujeres y los hombres,

(...)

No es un valor que no es un secreto, pero es lo suficientemente bueno para más de un año.

(...)

«Brotes verdes» o «nube», o el mío, «verde», un importante económico y social

Es silencio tomé la memoria. El propósito del proceso legal y sin interrupción es difícil. La paz de nuevo.

Español, habla mucho y quiero vivir en el dolor.

(...)

Después, aún más conciso, en lengua canaresa:

Los hombres y las mujeres.

(...)

Dos y un taller, siempre pienso.

(...)

Los «brotes verdes» o «casualidad» o «primavera» es una de las principales económicas y sociales

Mi memoria es cada vez más lento. Las dificultades legales y constantes. Como usted.

Quiero vivir en el dolor en lugar de hablar español.

(...)

Y finalmente en lengua persa:

Los hombres y las mujeres.

(...)

Los costes ocultos, pero más de un año.

(...)

«Brotes verdes» o «tiempo» o «primavera» es una importante financiera y social

Recuerdo lentamente. Cuestiones jurídicas y de sostenibilidad. Te explicamos cómo.

Yo prefiero quedarme con la enfermedad española.

(...)

A través de las sucesivas traducciones combinadas con cortes en el texto, el contraste entre el texto original y los resultados de este procedimiento permite ver esa decantación que hace que del discurso de Rajoy se evaporen determinadas palabras y se sedimenten otras, transmutadas y combinadas de manera que dejan leer la matriz de ideas implícitas que caracterizan su visión del mundo. Queda, por tanto, lo esencial: aquello que nos permite constatar, por ejemplo, que para el sujeto del enunciado existe una relación de identidad —que encontramos en el último extracto— entre «primavera» y «financiera y social». Por otro lado, esta gradual deformación del discurso original sugiere también una gradual deformación de su enunciadador, como si su piel se empezara a desmoronar y debajo de esa capa pudiésemos ver pedazos de metal y de circuitos electrónicos. O como si sus capacidades cognitivas acompañasen ese proceso de degradación de la materia, como indica la expresión «mi memoria es cada vez más lento». Se produce, en resumen, un texto delirante que refleja no solo el desierto poblado por las alucinaciones del capital y de sus lacayos, sino también el delirio de la cultura cibernética.

TRANSDUCCIÓN Y TRADUCCIÓN

Pero ¿por qué la palabra «transducción» y no «traducción» para designar el procedimiento creativo que da forma a este «Delirio transductivo»? La traducción es un proceso a través del cual se busca una equivalencia, una semejanza o una aproximación entre los sentidos de las palabras en idiomas diferentes. Sin embargo, la transducción es un proceso biológico de reproducción de

bacterias a través de la transferencia de ADN mediante la acción de un virus. Es también el proceso de transformación de una energía determinada en otra de naturaleza diferente. Hablamos, pues, de transducción, porque el prefijo «trans-» traduce la idea de transformación implícita en los procedimientos utilizados en el «Delirio transductivo»: el texto original pasa por un proceso que lo altera de tal forma que el resultado final es enteramente distinto de su punto de partida. El lenguaje, afectado por el procesamiento automático y por los cortes a los que el texto va siendo sometido, se transmuta hasta dejar ver lo que el texto original oculta: la naturaleza alucinada de ese discurso, pero también la naturaleza alienígena de los procesos de escritura maquina. Por un lado, y por usar las palabras de Jesús García Rodríguez, las muestras de texto generado por el traductor que nos son presentadas en las páginas de *Salamandra* nos revelan «las pulsiones y el entramado onírico de la mente del señor Rajoy en un momento determinado, como una fotografía de su psique». Por otro lado, en el caso de la traducción automática, de lo que se trata no es exactamente, o no solamente, de pasar de un idioma a otro, sino más bien, o también, de pasar de un régimen semiótico a otro, y de un régimen cognitivo a otro, es decir, pasar de la dimensión de lo humano a la dimensión de la máquina.

Este trabajo de exploración de Jesús García Rodríguez se hace eco de tres mil años de historia. El uso sistemático de este tipo de procedimientos (como el recurso a las reglas y a la aleatoriedad) tiene una larga tradición en la literatura, y podemos encontrar sus raíces en textos de carácter mágico y religioso como el *I Ching* (1000-750 ANE), en textos que exigen para su lectura un trabajo, una acción productiva que se realiza recorriendo laberintos cuyo dominio refleja procesos iniciáticos, desvelando los mecanismos y la potencialidad del texto entendido como estructura generadora de sentido. En esa larga tradición literaria se confunden el canto y el juego: del tecnicismo críptico de los *Carmina* de Publilio Optaciano Porfirio en el siglo IV, a la visualidad de los juegos barrocos, pasando por los poemas permutativos de Quirinus Kuhlmann en el Renacimiento, o, ya en el siglo XX, por los *cut-ups* de Tristan Tzara, por el surrealismo y por las intervenciones del grupo francés OuLiPo; el recurso de las reglas y la aleatoriedad en la literatura ofrece un contexto muy amplio y plural. La diferencia entre los numerosos procedimientos programáticos que la historia de la literatura exploró hasta nuestros días y los procedimientos automatizados que encontramos en la computación actual es que mientras los primeros permanecen bajo el control del autor (incluso si el objetivo es una pretendida pérdida de control, que potencia la desautomatización y la exploración de lo inesperado), los segundos se encuentran bajo el control de algoritmos, en la medida en que las operaciones de estos últimos exigen un cierto grado de autonomía, autonomía que el humano cede a la máquina.

¿Y qué pasaría si en vez del discurso de Rajoy los traductores automáticos procesaran un poema? Sucedería exactamente lo mismo. La carga significativa de las palabras desaparecería bajo las capas del procesamiento maquina, de la naturaleza (todavía) tosca de los procesos de lectura y escritura algorítmica, y su potencia generadora se vería socavada por la lógica de la correspondencia binaria que rige los procesos computacionales. Cuando los poetas intentan averiguar las condiciones de posibilidad del trabajo creativo con herramientas computacionales que exploran la generación automática de lenguaje, ellos y los lectores chocan con un muro impenetrable a través del cual la experiencia y el sentido solo podrán pasar por pura casualidad. Pero ese azar pertenece siempre a la dimensión de la interpretación humana. El potencial poético de la aleatoriedad programada surge en la poesía como un elemento que desordena el lenguaje, bien sea en lo relativo a la gramática que lo sustenta como un árbol, bien sea en lo relativo al hábito que lo sitúa en nuestras cabezas, en nuestras bocas y en nuestros oídos y ojos. El azar tiene ese potencial de ruptura y regeneración del lenguaje que el lenguaje encuentra en la poesía, y cuando su presencia en un texto lo hace interesante, ese efecto es el resultado de la forma en que la interpretación humana se confronta a la sorpresa, y cómo esa sorpresa puede contribuir a la experiencia de la singularidad de un enunciado dado.

REVELACIONES DE LA RISA

Uno de los efectos que produce la lectura de este trabajo creativo y revelador de Jesús García Rodríguez es la risa: la risa como reacción inmediata, no pensada, la risa como índice o señal de sorpresa. La risa es espontánea e inocente, no emite juicios y contiene siempre más de lo que conseguimos enunciar. Por eso la risa está no solo más acá, sino también más allá de las ideas convertidas en lenguaje, está más acá y más allá de la expresión en la medida en que contiene las intuiciones que no llegan a convertirse en nombres, que no llegan a ser sistematizadas, y en ese sentido es una potencia. Desde el punto de vista de la aculturación, la risa es una señal que nos indica, y que indica a otros, que todo va bien, es decir, que esa cosa nueva que experimentamos, sea la que fuere, no nos amenaza, y que por ello esa novedad es asimilada como experiencia. Los bebés se ríen de todo y por nada. A medida que crecemos, las cosas se nos ofrecen ante los ojos cada vez menos capaces de desencadenar la risa —no la risa asociada a cualquier cosa graciosa, sino la risa asociada a la sorpresa—. Por eso cuando algo sorprendente nos hace reír, cuando la risa es una reacción de incompreensión resultante del encuentro con algo nuevo y no completamente asimilado por la razón, es decir, no integrado al mundo que conocemos o a nuestras coordenadas, cuando nos reímos con esa risa, esa risa es preciosa, porque es señal de que mantenemos un cierto

grado de inocencia. En la medida en que es una reacción humana espontánea, no filtrada y no procesada, la risa está en las antípodas de lo que sucede con el lenguaje que circula en los circuitos algorítmicos del traductor automático, donde es masticado y descompuesto en porciones tratadas en términos matemáticos. Es ese un lenguaje digitalizado, comprimido, reducido, vaciado de latencia. Por el contrario, la risa es una reacción pre-racional, y es de esa fuerza informe que parece emanar su capacidad generadora de emociones, de intuiciones, de imágenes, de nombres, de ideas.

El procesamiento algorítmico del lenguaje implícito en la traducción automática pasa por el reconocimiento de patrones y por el establecimiento de correspondencias a través de diccionarios conforme a principios estadísticos. ¿Qué son los diccionarios? Un diccionario nos dice a qué categoría morfológica pertenece una palabra dada, cómo se pronuncia, cuál es su etimología y cuáles algunos de sus sinónimos. Los diccionarios son importantes en cuanto que son baúles que guardan palabras, que nos ayudan a percibir de dónde vienen y lo que ellas nos cuentan. Pero es precisamente esa dimensión de seguridad que nos ofrecen los diccionarios la que viene a desestabilizar el trabajo poético con el lenguaje. El diccionario tiene ese carácter objetivo, que no se discute, y del cual proviene su autoridad. Por eso el diccionario se encuentra en el espectro opuesto a la relación con las palabras que tiene la poesía («Y he puesto al margen del libro: Asnografía, sentido figurado: Se debe decir, con ironía, ¡claro está!, por descripción del hombre imbécil que escribe Diccionarios¹»).

Si los procesos de traducción automática están formados por las representaciones semánticas construidas a través de diccionarios, esto significa que existe un cierto grado de conocimiento contextual formalizado en los procesos maquinales y podemos por ello decir que estos emulan la memoria humana y los procesos humanos de atribución de sentido. Las equivalencias construidas por la reiteración de una expresión lingüística humana contienen todas esas representaciones de conocimiento acumuladas. Sin embargo, esa acumulación de representaciones de conocimiento es, para la máquina, solo información (objetiva, cuantitativa, binaria) y no conocimiento (subjetivo, cualitativo, relativo). Las sucesivas etapas de traducción automática entre lenguas distorsionan el lenguaje, bien se trate del discurso de Rajoy o de un texto poético, alejándolo cada vez más de su contexto original, y creando de esta manera una descontextualización del proceso mismo de contextualización incorporado a los diccionarios que utilizan los traductores automáticos. De este modo, los ejercicios creativos con traducción automática aumentan la entropía de los procesos y de los dispositivos computacionales, los desoperacionalizan y, al mismo tiempo, muestran los límites de la capacidad de contextualización de la máquina. Las combinaciones

imprevisibles que devuelve la máquina ilustran precisamente esos límites.

Pero si ubicamos esta cuestión en una línea de tiempo, podemos abordarla a la inversa. Si la lectura algorítmica obedece a estadísticas cuando establece correspondencias entre palabras, esto significa que cuantas más ocurrencias de una secuencia dada de palabras haya en las bases de datos de los idiomas utilizadas por los sistemas de traducción automática, más se acercará el resultado de esa traducción a la traducción humana. Esto se debe a que las ocurrencias de una secuencia de palabras dada dependen de la validación humana, ya que el lenguaje cristalizado en los diccionarios y las bases de datos leídos por los algoritmos es el nuestro. Además, al producir y manipular el lenguaje en la web, también estamos validando las relaciones entre palabras, confirmando ciertas combinaciones como lingüísticamente correctas y contribuyendo así a que los resultados del procesamiento automático del lenguaje se acerquen cada vez más al lenguaje humano. Todos nuestros rasgos lingüísticos en la red se convierten así en combustible para la competencia lingüística de los algoritmos. La idea de que la técnica es una herramienta al servicio del ser humano queda así invertida: a medida que se integra cada vez más profundamente en los sistemas técnicos, es el humano quien se convierte en apéndice de esos mecanismos, en una extensión inteligente.

INFORMACIÓN Y SENTIDO

¿Qué sucede, entonces, en este «Delirio transductivo»? Existe un discurso de Rajoy: una combinación de palabras áridas que expresan un pensamiento árido y que traducen una visión árida de la vida. Su lenguaje es de tal naturaleza que, por resumirlo, podemos decir que es algo así como «bla, bla, bla, la economía». Pero el discurso de Rajoy no es enteramente suyo, en el sentido de que existe un discurso previo, que es social y que produce el propio discurso de Rajoy. Los discursos humanos contienen y están contenidos en esa especie de máquina discursiva que resulta de la acumulación de relaciones de sentido en el contexto histórico del campo social. Esta máquina discursiva habla a través de cada hablante, como una macro-habla o archi-habla que imprime o escribe una visión particular del mundo, produciéndolo como sujeto. En su discurso a la nación, Rajoy se presenta como una especie de portavoz o ventrílocuo de un sistema discursivo más grande. Por ello, el uso creativo del lenguaje, impregnado de intencionalidad individual, es una forma de desordenar las categorías, relaciones y combinaciones de palabras más comunes que constituyen esta discursividad previa y homogeneizadora, resultante de la relación porosa que tenemos con nuestro entorno. El carácter destructivo del gesto artístico allana el camino para la afirmación individual del creador. Descontaminar es, por lo tanto, el gesto necesario.

1. Juan Ramón Jiménez: *Platero y yo*, cap. 55 (1914)

Ese discurso que habla a través de Rajoy es traducido en un primer momento a otro idioma, y luego a otro, y a otro, y a otro. Circula de un lado a otro atravesando diccionarios en la red hasta que regresa de nuevo al castellano. En cada movimiento de diccionario a diccionario, las palabras van perdiendo capas de significado porque son tratadas como objetos aislados, ya que es en tanto objetos aislados que existen en los diccionarios, y también porque es en tanto objetos aislados, sin contexto, que las palabras son leídas por los algoritmos. Este proceso de atomización, reducción y vaciado nos obliga a recordar, por contraste, que el lenguaje humano es algo situacional, como un organismo vivo que depende de un medio para su existencia y su significado. A diferencia de la traducción hecha por humanos, que pondera los rangos de significado que adquiere cada palabra en diferentes contextos, la transducción que produce el texto en «Delirio transductivo», o la traducción algorítmica, si la hiciéramos, muestra los límites de la computación en lo que se refiere al procesamiento y generación de lenguaje verbal.

La cuestión del contexto es decisiva para la producción de sentido, pero también lo es para distinguir el sentido de la información y, por lo tanto, para distinguir el lenguaje humano del lenguaje de las máquinas. Desde un punto de vista computacional, cuando hablamos de lenguaje generado por máquinas no podemos hablar de sentido, entendido como el rango abierto de potencialidad semántica que impregna los significados de las palabras porque, a diferencia de la información, el sentido es contextual y el contexto es, en la teoría de la información, ruido. Cuando Claude Shannon desarrolló su teoría de la información, observó cómo el contexto agrega ruido a la información, haciendo que sea imposible cuantificarla. Su solución a este problema fue hacer de la información algo discreto, separándola de su contexto. Este proceso de separación implica necesariamente una reducción, una compresión. Tal vez podríamos decir, por lo tanto, que la información es lo que queda de la digitalización del sentido. Irreducible a la discreta falta de ambigüedad de la información, el sentido es incomputable. Además, mientras que el régimen de información se refiere a la comunicación o a la eficiencia en la transmisión de mensajes, el régimen de sentido se refiere a la expresión o al rango de ambigüedad asociado con el ruido y con el contexto. Excluido de los circuitos de comunicación, el ruido de la reverberación de las palabras, de sus ecos, de las ondas de choque producidas por el encuentro de las palabras, se pierde. Pero a diferencia de la información, el lenguaje humano siempre produce ruido, y es tan vinculante como indescifrable precisamente porque es más que un sistema abstracto: es un sistema subjetivo. En sus *Investigaciones filosóficas*, Wittgenstein declaró: «Es fácil imaginar un lenguaje que consista solo en informes y órdenes combatiendo unos contra otros. O un lenguaje que consista solo en preguntas y expresiones

para responder sí y no²». El lenguaje computacional es un lenguaje de ese tipo. Por el contrario, el lenguaje natural y, sobre todo, el lenguaje poético instauran siempre el desorden.

LENGUAJE SIN LENGUAJE

El sentido surge de la intersección de variables indeterminadas que dependen de la imbricación del lenguaje en un campo discursivo e intersubjetivo, en la escala macro del lenguaje como fenómeno social y no en la escala micro del lenguaje como permutación de caracteres. En cuanto objeto de semiosis, el lenguaje es orgánico y, en este sentido, continuo, no digital. Al ser arrojado, transportado, «transducido» de un lado a otro por entre los diccionarios de la red, y también al ser tratado como un conjunto abstracto de valores por los algoritmos, el lenguaje deja de ser lenguaje porque cuanto mayor es la objetividad de los signos, menor es su carga de sentido. Para un algoritmo, el lenguaje verbal es una masa de caracteres que igualmente podría ser una masa de valores RGB o de frecuencias de sonido. Los algoritmos no conocen el sonido de una «a», ni el color verde o el sabor de la sal. La máquina reconoce significantes, formas abstractas y les hace corresponder significados unívocos para poder calcular, en un proceso determinado por el régimen binario e imperativo que caracteriza la cognición algorítmica. La descomposición y la ruptura de las palabras en objetos reconocibles por la razón algorítmica vacía el lenguaje de su potencial significativo y generador de realidad.

Pero la teoría de la información de Shannon se publicó en 1948. Estamos en 2019, y no es solo la capacidad de procesamiento de los sistemas informáticos la que ha crecido exponencialmente, sino también los procesos mismos de inteligencia artificial. Las redes neuronales artificiales utilizadas hoy en día en el procesamiento y la generación de lenguaje son cada vez más capaces de emular el contexto interno de un idioma dado (su cohesión sintáctica y su coherencia semántica), por lo que los límites del cálculo del lenguaje no son fijos, sino que más bien se expanden progresivamente. Hoy, a medida que los procesos de lectura y escritura automáticos se van consolidando, o a medida que los algoritmos, guiados por humanos, aprenden a moverse en la masa lingüística-informática, tratando esta información en términos que mimetizan el sentido, comienza a surgir la cuestión de la indistinción entre el lenguaje generado por máquinas y el lenguaje generado por humanos, o de la indistinción entre información y sentido. Esta cuestión tiene

2. «It is easy to imagine a language consisting only of orders and reports in battle. —Or a language consisting only of questions and expressions for answering yes and no». Ludwig Wittgenstein (1958): *Philosophical Investigations* [1953], Anscombe, Blackwell, Oxford, p. 8. Disponible en: <https://static1.squarespace.com/static/54889e73e4b0a2c1f9891289/t/564b61a4e4b04eca59c4d232/1447780772744/Ludwig.Wittgenstein.-.Philosophical.Investigations.pdf>

relevancia solo si se plantea desde el punto de vista del agente que genera el lenguaje, pero no desde el punto de vista del lector. Aunque ontológicamente estas categorías se mantienen, desde el punto de vista de la percepción humana colapsan.

A este respecto, también es importante tener en cuenta que lo que permite desmontar el discurso original de Rajoy en el «Delirio transductivo» son las actuales limitaciones técnicas de la traducción automática. Por otro lado, y al mismo tiempo, es la sensibilidad humana la que hace de estas limitaciones un dispositivo crítico. Por ello, cuando (y es meramente una cuestión de tiempo) la máquina haya acumulado suficiente capacidad para identificar y replicar todas las equivalencias entre combinaciones de palabras, aplicándolas en los procesos de traducción del idioma, entonces la función crítica del delirio dejará de aplicarse, ya que se preservará la unidad sintáctica, semántica e ideológica del discurso inicial. Cuando se superen las limitaciones técnicas que generan transducciones fallidas y la mediación digital envuelva toda la realidad con un velo de simulacro, la creatividad

humana deberá superar también la situación de aparente ósmosis entre la dimensión del sentido, que emerge de la materia, de la vida en su situación, y la dimensión de la información, que circula numéricamente en el paisaje plano de la abstracción formal.

La experiencia creativa que encontramos en el «Delirio transductivo» es un ejemplo de las maneras en que el lenguaje reacciona a la digitalización y la automatización, en la medida en que llama la atención sobre el lenguaje humano en la misma proporción en que muestra cómo las máquinas lo procesan. El delirio que afecta al lenguaje procesado algorítmicamente es el mismo que mantiene a las sociedades contemporáneas condicionadas por las cuadrículas de la razón funcional y de la eficiencia del trabajo, anulando todo el ruido y toda la risa en esa aridez transparente que refuerza la lógica auto-replicativa de la producción y del consumo. Será por tanto una tarea urgente tanto para la poesía como para la vida aprender a descontaminar la escritura y la existencia de este proceso viral que lo convierte todo en valores numéricos.